

El Callejón¹

Mario Vargas Llosa

El callejón de la esquina ejercía sobre mí poder hipnótico. Desde la azotea de la casa, –cuando lograba hurtarme unos minutos a la vigilancia de la terrible Angelina (Moderna Mamsell Agata con plumero y todo) me quedaban contemplando con envidia aquel agujero rodeado de puertas pequeñitas de alas que salían a toda hora innumerables muchachos para organizar baturrillos milagrosos. Eran de ver aquellos juegos. La gritería que se armaba a cada instante encandilaba al barrio sacando a las casas vecinas de su continua siesta. Las ventanas se llenaban de mujeres encolerizadas que con el puño en alto pedían a gritos tormentos infernales para los chiquillos del callejón. Estos continuaban sus juegos impasibles, salvo algunas veces, que, coléricos por la considerable dosis de insultos recibidos, tranquilizaban definitivamente a los moradores de una casa rompiéndoles los vidrios a pedradas.

Yo participaba desde mi azotea en todo aquello. Me emocionaba con los juegos y a viva voz alentaba a las pandillas en sus correrías sobre los techos; cuando algún policía informado por anónima vecina hacía su aparición por las

1 Al parecer, este es el primer cuento que Mario Vargas Llosa dio a las prensas. Señala Carlos E. Zavaleta en *El gozo de las letras* (Lima, Pontificia Universidad Católica, Fondo Editorial, 1997, p. 239) que fue el cuento "El abuelo" el primero que publicó y después incluyó en su único volumen de cuentos, *Los jefes*. Podemos acotar, por nuestra parte que, precisamente, el cuento "Los jefes" –que da título a su libro publicado en España– apareció en *Mercurio Peruano* (Nº 358, Febrero de 1957) y está fechado en "Miraflores, enero de 1955". Además, el mismo autor, en un artículo de *ABC de Madrid* (1 de abril de 1979), recuerda que "(l)os seis cuentos de *Los jefes* son un puñado de sobrevivientes de los muchos que escribí y rompí cuando era estudiante, en Lima, entre 1953 y 1957...". El que damos a conocer –sobreviviente por partida doble– apareció en la revista *Turismo*, Año XX, Nº 170, Marzo de 1954, pp. [10-11], acompañado de una ilustración de Raúl Vizcarra (1902-1977), pintor y dibujante, y que pudo haber sido escrito probablemente en el año 1953 y revisado para su edición a inicios de 1954. Como se comprenderá, tiene particular interés este texto desconocido, porque muestra la voluntad de sus primeros escauceos narrativos, además de asumir la temática de la migración, eje de la preocupación social y estética de los años Cincuenta. (Miguel Ángel Rodríguez Rea).

inmediaciones, yo les advertía el peligro y entonces, como por encanto, la pelota de trapo desaparecía en el laberinto de puertas. Alguna vez logré llegarle al callejón. Era diferente de cerca. Menos satánico que como lo nombraban en casa y un poco más sucio. Los charcos, en hilera como las puertas, y los montículos de basura en las esquinas despedían mal olor. Pero todo ello contribuía a darle un encanto especial. Y la gente que vivía en él era diferente también. Formaba un todo con las casuchas descoloridas. Mujeres desgreñadas de edad indescifrable y hombres toscos, siempre en camiseta, que conversaban gritando. Pero era a los muchachos a los que más admiraba yo. Descalzos, semidesnudos, con su honda bajo el brazo y con proyectiles de todas clases en los bolsillos de sus overoles, constituían el motivo principal del callejón. Había uno sobre todo, ya mayorcito, que era la figura central. Organizador y director de los juegos, los demás se movilizaban en torno de él en busca de iniciativas. Se llamaba Tomás y repartía palizas e insultos con sorprendente facilidad. Sin embargo, todos le respetaban y querían. Cuando no estaba, los juegos carecían de la emoción y alegría necesaria. Se notaba un desgano colectivo y los gritos y las carcajadas no tenían la animación de otras veces. La falta de interés en el juego se hacían cada vez más insistente y pronto, uno a uno, los chiquillos iban desapareciendo en las casuchas. El callejón se quedaba frío, desolado.

Una tarde, el callejón comenzó a quedarse vacío ante la sorpresa llena de alegrías de la vecindad. Con grandes atados o viejas maletas aseguradas con gruesas sogas, las familias se iban marchando. Pronto supe la razón. Angelina, en un largo discurso lleno de agradecimiento a las divinidades, me explicó que el dueño iba a tumbar aquellas casuchas para construir un edificio.

Desde entonces amo los callejones. Les tengo presentes de la misma manera que conservaba Chocano, el fabricante de versos, el recuerdo de aquello que no logró en su infancia: los juguetes. Por eso siempre he procurado llegarle a ellos de alguna manera. Poco a poco he ido conociéndoles en sus varios aspectos. Alguna vez, tras correrías noctámbulas salpicadas de humo y huecas palabras, me he dado con un callejón endurecido por la noche. El borrachito que dormita a sus puertas y la pobreza que se encubre pudorosamente tras las sombras, —siempre lo mismo— me ha despejado de golpe la cabeza, como al contacto de una inmensa tragedia. Yo he quedado contemplándole largo rato, absorbido por su soledad, dialogando con él. Saben mucho los callejones, sobre todo aquellos enclavados como islas en los barrios modernos. Así, con dos clases de vida diferente desarrolladas paralelamente a su contorno, ellos, en su eterna misión de observación, sacan profundas conclusiones de la vida. Yo recuerdo uno, en Piura, hace pocos años. Se trataba de abrir una avenida y para

ello tumbaron muchas casas. Al caer una de ellas quedó descubierto un callejón que languidecía a sus espaldas, tiempo atrás. Súbitamente, al impulso del progreso, el callejón que había vivido siempre aislado como un pequeño santuario, se dio a la luz del bullicio urbano. Le descubrí, el mismo día de su advenimiento a la ciudad, a través de los escombros de la casa derruida. Era un callejón pequeño, sin pretensiones. Construcciones de caña brava y barro, más o menos rústicas, enmarcaban los altibajos terrosos de su cuerpo. Al fondo, dominando a las demás le limitaba una enorme choza. En ella vivía un zapatero anciano, casi ciego. El callejón, entre bostezos, me contó aquella noche su historia.

—«La historia de este viejo —me dijo— es mi propia historia. Hace ochenta años yo era apenas un pedazo solitario de tierra. Una tarde llegaron a mí tres personas. Eran Anselmo (el zapatero) recién nacido y sus padres. Habían dejado su pueblo porque querían hacerse ricos en la ciudad. Pero recordaban demasiado a su tierra; tanto que se olvidaron del motivo que los trajo y se quedaron para siempre tal como llegaron. Descargaron sobre mí sus ataduras y durmieron haciendo un bulto con sus cuerpos. Esa noche, mientras los padres, agotados por la larga jornada, dormían profundamente, el niño echó a llorar. Así nació la primera vez...».

Hasta entonces apenas si le había escuchado. Era su voz la que me interesaba profundamente. La voz de un callejón es una voz extraña, con un acento muy especial. Hablaba gasposamente, con grandes pausas y variadas inflexiones como para dar mayor consistencia a su relato. Pero aquello último me sorprendió.

—¿Cuántas veces ha nacido usted? —inquirí deseoso de conocer aquella peculiaridad suya.

—Dos. Hoy nací por segunda vez, cuando cayó esto. (Debió mirar compasivamente aquel hacinamiento de ladrillos y maderas, pero no lo noté). Es interesante darse así, de pronto, con una ciudad. Uno se siente confundido, turbado con tanto ruido. Yo ya estoy viejo, acostumbrado a mi vida. Es tarde para cambiar. Pero volvamos a mi infancia. Fui poco a poco conformándome, a medida que llegaban los provincianos para hacerse ricos. Venían llenos de entusiasmo y ambiciones, pero terminaban como los padres de Anselmo trayendo caña y barro y construyendo sus ramadas sobre mí. El Anselmo fue creciendo lentamente conmigo. Una vez llegó sangrando. Alguien le había golpeado la cabeza con una piedra. Todos creímos que iba a morir y cuando se repuso corrió el

alcohol varios días. Fue una juerga monstruo. Terminamos con los huesos molidos de tanta jarana».

Calló. Estaba viejo, sin duda. Se aferraba a los recuerdos con tenacidad, como un moribundo. No debía interrumpir su meditación. Di media vuelta para marcharme pero él me detuvo.

—Aguarde. Es temprano aún: Vea, en aquella choza, la segunda, no duermen todavía. Son el Jacinto y la Juliana, que discuten como siempre. El tiene la culpa. Es un borracho incorregible y cada vez que toma se le vienen los celos y le pega a su mujer hasta agotarse. Entonces ella le tira una manta encima y luego hace entrar al zambo de la primera choza, a ese que todos le dicen «Trompudo». Y le engaña, allí, en sus propias narices».

Me sentí encantado con las confidencias del callejón. Eran, claro está, más agradables que sus recuerdos infantiles.

—¿Qué más? ¿Qué más? —le pregunté—. Cuénteme otras anécdotas...

Ya no respondió. A los pocos segundos unos sonidos lentos y espaciados, como de piedras desprendidas, me indicaron que el viejo dormía profundamente.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

Los callejones de los extramuros suelen ser amargados, escépticos. Están torturados por la miseria que palpita sobre ellos. Su suciedad, los despojos repartidos en su desordenada geometría, su impresionante humanidad, les acompleja. Son los más numerosos, naturalmente. Hay barrios enteros de ellos. Rodean Lima del Callao a Surquillo y de Mendocita a Bajo el Puente. Se alzan dominando la ciudad como encarnaciones infernales. Pero infernales por su terrible miseria, por su conocimiento del hombre en sus instantes más dramáticos. Es decir, divinamente infernales. Una vez, ocurrió un crimen en uno de ellos. (Lo sé: es cosa corriente). Yo trabajaba en un Diario, y tenía un poco de aquella cualidad periodística que frente a cualquiera situación, antes que nada, ve la noticia; que ante lo más angustiioso, se deleita augurando titulares a cinco columnas. Un crimen pasional, nada menos. Avidos de datos, pronto estuvimos allí, fotógrafo y cronista. La cosa parecía sencilla. Una mujer joven, recién casada, se había visto asediada constantemente por un vecino. Aquella tarde, aprovechando la ausencia del marido penetró a la casa tratando de obligarla a satisfacer sus deseos. Entró el marido y lo mató a cuchilladas. Lo de siempre.

El fotógrafo tomo varias placas, de la casa, de los vecinos, del charco de sangre coagulada que inundaba el piso. Yo conversé con casi todos los pobladores del callejón. Estuvieron de acuerdo en sus declaraciones. El intruso se la había buscado por seguir a mujer casada. El tentador, persiguiéndola a todas horas, le había hecho la vida un infierno. Era una víctima. Estaba bien muerto.

Después de marcharme regresé, pero solo. Había interrogado al vecindario, pero había olvidado al testigo principal, al que habría de saberlo todo con detalles que indudablemente salpicarían el crimen con sabrosas anécdotas: al callejón. A él recurrí en busca de antecedentes del crimen. Aquellos sucesos concatenados ligeramente, fortuitamente, que habían desembocado esa tarde en un charco de sangre. Al menos por una vez, sería mejor conocerles que inventarles. Pero me di con una sorpresa al llegar. La mujer —la víctima— que aquella tarde se encontraba ausente, prestando las declaraciones del caso, había vuelto. ¡Qué primicia! Me dediqué de lleno a ella; después de hacerse de rogar mucho, accedió a declarar. Repitió todo lo que dijeron los vecinos, pero dando mayor dramaticidad a cada episodio, con llamados a la religión y restregándose los ojos innumerables veces. Fue un poco grotesco, claro. Cuando me retiraba, escuché la voz del callejón. Entonces recordé. Le había olvidado.

—Usted venía a hablar conmigo («Ah, pensé, lo sabía»). No se vaya sin hacerlo. Vale la pena de todos modos».

Me disculpé como pude por haberle olvidado. El comprendería. La mujer ahí, no era para menos. De todos modos, si sabía algo más del asunto yo me sentiría dichoso de escucharle. Cualquier cosa, algún encuentro ocasional, alguna palabritas sueltas, algo nuevo, en fin.

Los periodistas —comenzó— son terriblemente ingenuos. Dudo que alguna vez hayan logrado informar sobre algo tal como ocurrió exactamente. Siempre se dejan llevar de los primeros impulsos, de lo que está más a la vista, de lo inmediato. Parecen policías.

Yo le miraba. De aquella pared deslucida —la de la izquierda— parecía venir la voz. Había sobre ella multitud de inscripciones. Recordé Les murs crient de Henri-François Rey, y la vez que lo leí con ayuda de un diccionario y de Juliette, una francesita inmigrante. Luego escuché de nuevo. La voz enjuiciaba aún la labor periodística.

—... absurdo. Siempre, siempre se equivocan. Ahora por ejemplo. Usted va y escribe lo que le han dicho, lo que ha visto y eso es todo. Lo demás no importa.

Pregunté qué otra cosa podía importar y no me respondió. Sentí que desde sus adoquines disparejos el callejón me miraba con profundo desprecio. Y él, notándolo, se preocupó de tranquilizarme:

—No le desprecio. Me da profunda lástima. Lo mismo que esa mujer que acaba de entrevistar. Es terriblemente ingenua, también. Sus lágrimas son sinceras. No comprende nada de lo que ha pasado y llora y habla de los santos. Ella, lenta, inconscientemente, ha preparado el crimen de esta tarde. Cuando era niña le gustaba jugar al amor, como todo el mundo, pero ella lo hacía demasiado distraídamente. Con el que más jugaba era con Marcelo, el que mataron hoy. El no la quería tampoco. Se encontraban cuando todos estaban durmiendo, aquí, en esta esquina. Se sentaban sobre esa piedra y así pasaban las horas. Yo les contemplaba. Era divertido verles. Los dos estaban muy lejos, eran dos extraños que se acariciaban por costumbre. Luego vino Julián. En una borrachera donde la Matilde, desaparecieron los dos. Yo lo vi todo. Ella lo obligó a robársela. Pues él dudaba todavía. «Para qué hacerlo así. Mejor hablaré con tus padres. Mañana mismo si quieres». Pero no, ella amaba el juego, la emoción, la novedad. Regresaron a la semana y dijeron que el cura los había casado. Esa misma noche, como siempre, vino al sitio donde solía encontrarse con Marcelo. Como si nada hubiera cambiado. Ninguno recordaba a Julián. ¡Ingenuos! ¡Ingenuos! Y así, todos los días. Hasta ayer. Ella ya se había cansado de hacer lo mismo. Faltaba un poco de juego. «Mañana ven a verme después del almuerzo. Tengo algo que decirte». Y se fue rápidamente. Esta mañana al irse a la fábrica Julián —almuerza allí todos los días— ella le pidió que volviera a las tres. Marcelo la perseguía. Todos lo habían notado. Ultimamente se mostraba más violento, la había amenazado con ir a su casa esa tarde. Y fue. Marcelo fue; también se prestó a jugar el pobre ingenuo. Eso fue todo. Una estupidez en el fondo. Pero no. Mañana se hablará de tragedia, de pasiones desencadenadas frente a frente. No hubo nada de eso. Todo se limitó a ser un poco de diversión».

Le pregunté al callejón si eso era todo. Se hacía tarde y tenía que ir a hacer la crónica.

—Una cosa más —respondió—. No publique las fotos que me tomaron esta tarde. Comprenda que no puedo prestarme a esta farsa.

Desde esa vez, antes de hablar con un callejón, le estudio detenidamente. No quiero volver a encontrarme con otro nihilista que ande diciendo ingenuo a todo el mundo. Sin embargo, creo que la mayoría lo son. Conocen la vida demasiado íntimamente. Y es por eso, que el callejón es un pequeño mundo aparte, donde la alegría de los chiquillos rotos es demasiado pequeña para eclipsar el desgarramiento humano sobre el cual se levanta.

Hace pocos días, el Martes de Carnaval, ya obscureciendo, pasé por un callejón. Me asaltaron varias mujeres amparadas en la máscara de barro y botón de sus rostros. Fue inútil todo intento de defensa. Eran mujeres fuertes – mujeres de callejón– y después de echarme un baldazo de agua verde, me frotaron el rostro con yeso. En casos así, todos nos volvemos bestiales, nos posee una enfermiza ansia de venganza. «Llamaré un policía. Mandaré preso a todo el callejón». Pero mientras buscaba un policía, al verme en ese estado verdeblanco se exacerbaba el fervor carnavalesco de las gentes, y me echaban agua de todas las ventanas. Di varias vueltas a la manzana hasta que el frío que sentía me hizo reflexionar que mis ansias policíacas podrían conducirme a una pulmonía fulminante. Tomé un carro y le hice pasar por el callejón. Debía vengarme, aunque fuera insultando a la mujeres desde lejos (Ya sé: cobardemente). Les grité todos los insultos que conozco y otros que inventé con la furia. Pero estaban tan ocupadas asaltando a otro viandante que no creo que me oyeran. Y en eso vino una carcajada irónica, lapidaria, despectiva. Miré: nadie reía en esa forma. Sí, era la risa del callejón.